

# CRÓNICA

## DE MI VIAJE A SIRIA



(Homs, Damasco y Malula, 23 febrero - 4 marzo 2016)

El creciente aumento de refugiados llegados de Siria e Irak, hace que en Europa nos sintamos más cercanos a la situación de estas personas que, con el deseo de buscar una vida lejos de la guerra, llegan hasta nuestras tierras. La extrema dureza que sufren para poder alcanzar nuestras costas, nos interpela sobre cuáles son nuestras acciones y actuaciones. Una vez más, aflora el extraordinario sentido de solidaridad que existe en Europa. La mayoría de nosotros abriríamos nuestras casas, nuestros conventos, nuestros hogares para acoger a alguno de estos niños que aparecen en las imágenes de telediarios y periódicos.

Pero esas noticias son muy parciales. Nadie ve lo que esas personas traen en la maleta de su recuerdo. Nadie contempla lo que hay en la retina de sus ojos, en la memoria de sus familias. Para conocer algo de eso, SIT-General ha viajado a Siria. Hemos querido saber cuál es la situación allí, de la que casi no se habla en los medios de comunicación. Hemos querido conocer qué es lo que han vivido los refugiados antes de ser tales.

Después de pasar la frontera siria por el Líbano, nuestro propósito era dirigirnos al actual

centro del conflicto de este país: Alepo. Allí confluyen todos los grupos protagonistas de la guerra. Por una parte, el gobierno de Bashar al Asad; por otra, los rebeldes sirios; y por otra, el Daesh (autodenominado "Estado Islámico"). Nosotros nos hemos movido solamente por terreno gubernamental. No porque sea de nuestra preferencia, sino porque es la única área que garantiza las libertades y los derechos. Los demás grupos utilizan la violencia como lenguaje legal y de presión.

Nuestro primer propósito, ir a Alepo, no se pudo cumplir. El Daesh ha vuelto a hacer una nueva ofensiva y ha tomado la carretera que lleva hasta la ciudad. Por lo tanto, este intento ha resultado nulo. Como alternativa, nos dirigimos a Homs, que se encuentra a varias horas de Alepo y que, por el momento, es terreno gubernamental. Homs se halla a pocos kilómetros de Palmira, donde aún impera el Daesh. La ciudad fue tomada por el "Ejército Libre Sirio". Las imágenes son fantasmagóricas: Destrucción, ruinas, desolación, devastación. Homs era la tercera ciudad más importante de Siria, sólo detrás de Damasco y de Alepo. Rica en industrias y refinerías de petróleo, su población rondaba el

millón de habitantes: ahora sólo quedan 250.000. Es una de las ciudades más perjudicada por la guerra. No existe un solo edificio que no haya sufrido daños motivados por la lucha entre los rebeldes y el gobierno.

Después de recorrer sus calles desiertas, dominadas por el silencio, llegamos a la casa de los jesuitas en el barrio cristiano de Bustan al-Diwan. Lugar en el que nos hospedamos hasta que podamos salir para Alepo. En esta casa, el grupo rebelde Al-Nusra asesinó al sacerdote holandés Van der Lugt: este jesuita se negó a abandonar la zona hasta que los cristianos estuvieran a salvo, por lo que lo asesinaron en la misma casa. El cuerpo no pudo ser sepultado hasta bastante tiempo después, ya que era imposible llegar hasta el convento a causa del conflicto. En la actualidad, en Homs quedan menos de 200 familias cristianas.

Nuestra sorpresa fue inmensa al entrar en la casa. Más de 100 jóvenes cristianos universitarios, venidos de Damasco, Alepo y de otras regiones de Siria, se encontraban reunidos realizando ejercicios espirituales. Dormían en mantas, por el suelo, comían todos los días aceitunas y pan mojado en aceite, lo único que se tenía. Este movimiento universitario fue creado por el Padre Van der Lugt hace años. Era un espacio para que los jóvenes

podieran hablar y desahogarse, orar y abandonarse a Dios. Ahora más que nunca, estas reuniones eran necesarias. La dinámica no era otra que crear grupos para que en cada uno, a través de algunas fotos (que expresan situaciones concretas de tristeza y desconsuelo), estos universitarios cristianos pudieran desahogarse y sacar de su corazón los sentimientos que no les dejaban vivir.

Ver sus caras, oír sus voces, conocer sus nombres, era una experiencia que no puede ser olvidada. Día tras día, el soni-

do de la pequeña campana del convento los convocaba para empezar la sesión de oración y permanencia en la voluntad de Dios. Nosotros compartimos con ellos momentos fuertes, como la Eucaristía, en la que les aseguramos que Europa no les olvida y reza por ellos. Les dijimos que no están solos y que están presentes en los corazones de los trinitarios y amigos de SIT. No nos sentimos con fuerzas para decirles que Europa está más atenta a los refugiados que están fuera de la guerra que a quienes se han quedado en el país bajo las bom-

bas, sufriendo la carencia de alimentos y el abandono. Mientras tanto, los grupos rebeldes pusieron un coche bomba en el centro de la ciudad donde murieron 140 personas. El SIT quiso colaborar con este movimiento de jóvenes universitarios, dejando un donativo para que lo que les habíamos dicho no fueran sólo palabras. Al menos, para que comiesen algo más que aceitunas.

A los dos días volvimos a salir, con destino a Aleppo. Mientras estábamos de camino, el Daesh puso otro coche bomba en la carretera, donde murieron varias



personas. Rápidamente fuimos desviados hacia Damasco. La capital estaba algo más protegida. Pero en las afueras la destrucción era evidente. Incluso en la ciudad había destrozos y estragos: los causados por los continuos coches bombas que explotaban. Motivo por lo cual, para pasar de un barrio a otro de Damasco era necesario pararse en los numerosos controles militares, para ver qué llevas en el interior del coche. Recorrer la ciudad era cuestión de muchas horas y muchos controles.

Aquí nos hospedamos en las dependencias de una pequeña iglesia de rito caldeo. El anfitrión era el obispo caldeo de Alepo y presidente de Cáritas, Mons. Antoine Audo. La suerte es que frente a nuestro alojamiento existía un hotel donde podíamos acercarnos a tomar algo fresco o a conectarnos al wifi, de forma que seguíamos informándonos

de las noticias y de la situación del país.

Esos días recorrimos la ciudad y conocimos la situación de muchos cristianos que habían tenido que huir de sus ciudades y pueblos y que se encontraban por las calles de Damasco. La Iglesia local, a través de sus diferentes organizaciones estaba ofreciendo un servicio inmejorable, dentro de lo que cabe, a todas las personas, sin distinción de religión. Para los musulmanes esta actuación es normal, por lo que siempre les interroga sobre la apertura del cristianismo a las demás religiones.

El estar en una ciudad vigilada, no eximía de los continuos atentados o coches bombas. Nuestra reacción era la misma que la de la gente: si después de oír una bomba se escuchaban gritos, quería decir que había sido cerca y por lo tanto había que salir corriendo; si por el con-

trario no se escuchaban gritos, quería decir que no era cerca y se podía seguir la vida normal.

En Damasco aprovechamos para visitar la *Via Recta*, la calle por donde entró san Pablo después de que el Señor se le manifestase. En Siria, San Pablo fue bautizado y se hizo discípulo de Jesús y muchos judíos se convirtieron al cristianismo y fueron creando comunidades por todo el territorio. Además, en Damasco se encuentra la Gran Mezquita de los Omeyas, la más antigua y grande del mundo, construida sobre una antigua catedral bizantina dedicada a san Juan Bautista, edificada en la época de Constantino y donde la tradición sitúa la tumba del Precursor.

Como la carretera hacia Alepo seguía sitiada, tuvimos la oportunidad de visitar Malula. Esta ciudad, a 56 km de Damasco, es el único lugar en el que se habla aún el arameo, la lengua de Cris-



to. Es una ciudad fundamentalmente cristiana. Las casas están sujetas a las rocas de la montaña que configuran su forma. En otra época, estas casas estaban pintadas de color arena y azul plañado; en la actualidad, poco se puede apreciar de esa belleza. Malula fue escenario de batallas entre el gobierno y el Frente Al-Nusra (yihadistas). Posteriormente también fue devastada por los rebeldes, por lo que el aspecto de la ciudad era apocalíptico. De nuevo, en 2014, los yihadistas volvieron a ocuparla: tomaron como rehenes a las doce monjas del monasterio de Santa Tecla (siglo III). Cuatro meses después fueron liberadas.

Llegar hasta Malula no fue fácil. Aunque se encuentra cerca de Damasco, el lugar no es seguro, ya que el Daesh estaba a tan solo 5 kms. Nos pusieron protección militar. El asombro de los militares era grande: hasta el momento, nadie había querido entrar en la ciudad tras haber sido recuperada por el gobierno, y menos aún un europeo. Con nuestra protección militar nos pusimos en camino pasando por campos destruidos, donde los árboles han sido arrancados para poder observar el panorama, sin que nadie pudiera esconderse. Pero lo más impactante era la ausencia de ruido. En mitad de la nada, el silencio era el propietario del lugar. El único ruido era el del motor de nuestro coche. Ni siquiera un débil canto de pájaros. Silencio y más silencio, mientras recorríamos la zona. Hasta el viento había cedido a las pretensiones del silencio. Había viento, sí, pero callaba.

La entrada en Malula hizo que también callasen nuestro espíritu y nuestra voz. Se revelaba ante nosotros el más desesperante de todos los destrozos que,

en este caso, era por odio al cristianismo. Una ciudad cristiana en manos del extremismo islámico no podía tener otro resultado. Indescripible. De nuevo silencio.

A veces, la tristeza era tanta que no podíamos hacer otra cosa que bajar la mirada. No para no ver lo que presentaba, sino, quizás, por no haber hecho nada por evitarlo, por no haber estado al servicio de los que realmente eran perseguidos por su fe y su fidelidad a Cristo. Por no haber sido sinceros con nuestro carisma de trinitarios.

Llegamos al monasterio de Santa Tecla, donde habían sido secuestradas las religiosas. Quemado, devastado, demolido, reventado.... La iconografía, una de la más importantes y antiguas del mundo, había sido arrebatada por el grupo islámico para venderla en mercados ilegales y sacar así dinero para comprar armas y munición. En cambio, lo que no se habían podido llevar, las pinturas murales, habían sido destruidas: sobre todo la cara de Cristo, de la Virgen y de los santos.

En la ciudad comenzaban a llegar algunas familias, no más de diez. No tenían donde vivir, todas las casas estaban arrasadas. Se colocaban en cualquier rincón que les diese un poco de protec-



ción y cobijo. En esas situaciones (me comentaba mi acompañante local) es difícil que las familias quieran volver y Malula dejará de ser cristiana y entrará en el olvido de la historia como el último lugar donde hablaban igual que Cristo.

Le propuse: "Vamos a hacer algo". ¿Cuánto cuesta reparar una casa? De tres a cinco mil euros, me dijo. Nosotros, la Familia Trinitaria –le indiqué–, estamos financiando todos los colegios de Aleppo, para que los niños no estén abandonados en las calles. Además mantenemos durante todo el año las necesidades básicas de 250 familias en Siria. Es una gran suma de dinero, pero seguro que también habrá gente que ayude para que Malula vuelva a ser el refugio de la lengua del Salvador, el albergue de quienes hablan el idioma de Cristo.

Esta es el único mensaje que Solidaridad Internacional Trinitaria quiere deciros después de estar en Siria: "Vamos a hacer algo por los que están allí".

(Fotos: HOMS, jóvenes cristianos en oración ante la tumba del P. Van der Lugt. SAYDANA-YA, la superiora de las monjas ortodoxas del Santuario de la Virgen recibe al P. Antonio Aurelio Fernández y al obispo de Alepo, Mons. Audo). Servicio fotográfico SIT.

Nueva página web:  
<http://sit-general.com>